

Mártires en Latinoamérica y Compañía de Jesús

José M. Tojeira

RESUMEN

La invitación de Ignacio a imitar al Señor en toda injuria y todo vituperio invita a hacer opciones con riesgo para la vida. El modo ignaciano de entender la pobreza prepara también para el martirio, ya que, cada vez más, la coherencia práctica con una fe exige solidaridad con los pobres y denuncia de las injusticias estructurales: En muchos países americanos las muertes por el Evangelio se han convertido en un riesgo frecuente y una realidad trágica. La misión, en sociedades donde la injusticia es patente, tiene una dimensión política y económica innegable. El seguimiento de Cristo, el amor a los pobres y la capacidad crítica enciende el odio y la persecución: los que trabajan por anunciar la liberación integral de las personas no trabajan sin pagar un precio.

PALABRAS CLAVE: Martirio, América Latina, Pobres, Injusticia, Odio, Persecución, Ejercicios espirituales.

Introducción

La Compañía de Jesús tiene una enorme cantidad de mártires, si contamos los beatificados y canonizados y les añadimos además los asesinados por su fe católica. San Ignacio, sin embargo, no vivió la realidad de martirio que sacudió con fuerza a la Compañía después de su muerte. En su tiempo de gobierno vivió la muerte martirial del padre Antonio Criminali, protomártir de la Compañía de Jesús. Pero los tiempos de abundancia martirial llegaron, aunque pronto, después de su muerte. Es lógico en ese sentido que Ignacio no reflexionara mayormente sobre el tema. En algunas cartas incluso puede advertirse que su idea del martirio le resultaba de utilidad para explicar algunas de las líneas básicas de la naciente Compañía. En la carta a los jesuitas de Gandía, por poner un ejem-

plo, insistiendo en la importancia de la obediencia les decía que ésta era “como un martirio que continuamente corta la cabeza del propio juicio y voluntad”¹. Y previamente, ya convertido, no parecía asustarle ni preocuparle la posibilidad de ser asesinado si andaba siguiendo las huellas del Señor. Así lo da a entender en la Autobiografía cuando, peregrino en Jerusalén, recuerda su ida en solitario a despedirse de las huellas del Señor en el Monte de los Olivos, a pesar de que “los que van sin turco por guía corren grande peligro” [Au 47].

Este pasar con naturalidad por la posibilidad del martirio refleja si duda una opción de seguimiento de Jesús en el riesgo, el peligro y la precariedad. En los documentos que reflejan el espíritu y vocación de la Compañía de Jesús se puede encontrar una buena cantidad de aspectos y elementos que preparan a los jesuitas para el martirio. De hecho, no podemos olvidar que Íñigo de Loyola cambió su nombre en honor a san Ignacio de Antioquía, Padre Apostólico ejecutado en los primeros años de siglo segundo y mártir icónico de la Iglesia por sus cartas, mencionando su caminar y disposición hacia el martirio, pan molido en los dientes de los leones. Aunque lo más probable es que Íñigo cambió su nombre en París por razones eminentemente prácticas más que religiosas, convirtiendo un nombre vasco no muy frecuente en otro nombre de mayor uso en Europa y cercano sonido fonético. Así lo da a entender el padre Ribadeneira, que conocía bien al fundador de la Compañía, cuando dice que éste “tomó el nombre de Ignacio por ser más universal”². Sin embargo, no puede negarse la coincidencia entre lo que decía el mártir antioqueno y lo que terminó diciendo Ignacio en los Ejercicios espirituales. En una de sus cartas el primer Ignacio decía que “estar cerca de la espada es estar cerca de Dios, y encontrarse en medio de las fieras es encontrarse en medio de Dios. Lo único que hace falta es que ello sea en nombre de Jesucristo”³. El de Loyola, por su parte, no dudaba en invitar al ejercitante a tomar la “determinación deliberada... de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza” [Ej 98]. Nunca tendremos la seguridad de si el Íñigo que estudió en París leyó las cartas del Padre Apostólico mencionado, pero es evidente que en una época cristiana compleja tenía sentido expresar la misma opción de seguimiento cambiando las fieras por las injurias.

¹ IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a los padres y hermanos de Gandía*, 29 de Julio de 1547, en *Obras de San Ignacio de Loyola*, BAC Maior 104, Madrid 2013, 738-743.

² Cfr. CH. E. O'NEILL - J. M. DOMÍNGUEZ (dirs.), *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2001, 2061.

³ IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a la Iglesia de Esmirna*, 4, 2.

La preparación para el martirio

Los elementos que preparan a los jesuitas para el martirio y que han dado origen a una reflexión posterior los podemos encontrar desde el principio en las Constituciones redactadas por Ignacio y en sus Ejercicios espirituales. En efecto, al jesuita que quiere entrar en la Compañía se le advierte, entre otras cosas, que mucho le aprovechará “pasar injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimados por locos” [Co 101] en el camino de seguimiento del Señor. En los Ejercicios espirituales, al finalizar la meditación sobre el pecado propone un coloquio con el Señor crucificado en el que el ejercitante se pregunta “lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo y lo que debo hacer por Cristo” [Ej 53]. Directa o indirectamente la cruz está presente a lo largo de todos los Ejercicios en la “oblación de mayor estima y momento”, en la meditación del Reino, de las dos Banderas, en las tres formas de Humildad y, por supuesto, en la Tercera semana dedicada exclusivamente a la Pasión del Señor. Seguidor de Ignacio y cofundador de la Compañía, san Francisco Javier, sentía una profunda alegría al ver que el rey de Portugal, Juan III, respetaba el espíritu de la Compañía “de no querer obispados ni cosa de este mundo, salvo injurias, afrentas y persecuciones por el servicio de Dios nuestro Señor”⁴. Y preocupado por lo bien que le trataba el mismo rey mientras esperaba barco en Lisboa para viajar a la India, se consolaba pensando en que ya le vendrían dificultades y persecuciones cuando llegara a su destino, “pues vivir mucho tiempo sin ellas parece ser *non militare fideliter*”⁵. “Militar para Dios bajo la bandera de la cruz” era parte de Fórmula del Instituto que recibió la bula de confirmación de la nueva orden en 1550, antes de que fueran redactadas las Constituciones.

El modo ignaciano de entender la pobreza preparaba también para el martirio. Más allá de la pobreza material o espiritual, en las que Ignacio insistía, hay en su concepción de la misma una dimensión que podemos llamar histórica. La pobreza ignaciana, aunque radical en su austeridad, tenía una dimensión pragmática. Era la de entrar sin más armas que la confianza en Dios en los lugares difíciles y donde la vida podía correr peligro. Si san Francisco de Asís privilegiaba la pobreza material y san Juan de la Cruz la

El modo ignaciano de entender la pobreza preparaba también para el martirio.

⁴ G. SCHURHAMMER, *Javier, su vida y su tiempo*, tomo I, Mensajero, Bilbao 1992, 808.

⁵ *Ibíd.* 811.

pobreza espiritual, Ignacio insistía en una especie de pobreza histórica que impulsaba a anunciar el Evangelio en donde hubiera mayor necesidad con una completa disponibilidad a cargar la cruz de la incomprensión y el peligro. Reconociendo además que el fracaso y la cruz hacían avanzar el Reino de Dios cuando se vivían desde la fe y la confianza en el Señor. Por otra parte, la convicción de que “la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno”⁶ llevaba a estar cerca del sufrimiento y del fracaso de enfermos y marginados. Y con ello, diríamos hoy, a asumir la opción por los pobres, en cercanía a sus vidas y a sus causas, como camino de salvación. Si, como decía Ignacio en esa misma carta, la pobreza “aplasta el gusano de los ricos, que es la soberbia”, no es difícil entender hoy que cuando los pobres, desde su conciencia y su organización, intentan domeñar la soberbia de los ricos, la respuesta violenta de una sociedad estructuralmente violenta, acabe creando mártires.

En la Compañía postconciliar, la relectura del carisma recomendada por el Concilio Vaticano II llevó a los jesuitas a unir fe y justicia como expresión de nuestra misión en la época actual. “El servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta”⁷ es fuente indispensable de reconciliación con Dios y entre los seres humanos. Hasta ese momento el martirio característico de la larga historia de la Compañía se había concentrado en países paganos o de otras denominaciones cristianas a los que los jesuitas se dirigían a evangelizar. A partir del Concilio Vaticano II y la Congregación General 32 los lugares martiriales tuvieron un cambio de perspectiva. Si antes se perseguía, generalmente, el anuncio de la fe católica, en la actualidad, cada vez más, se persigue lo que tradicionalmente se llamaban las obras de la fe: la coherencia práxica con una fe católica que exige solidaridad con los pobres, denuncia de las injusticias estructurales y acompañamiento a los empobrecidos en sus luchas y aspiraciones de una vida mejor. La que podríamos llamar civilización del capital, con sus idolatrías del dinero y del poder, es ahora la perseguidora y la que genera esa aporofobia que recorre sentimientos y políticas contra los migrantes, los mendigos, los ancianos abandonados o los niños de la calle. Y son con frecuencia los gestores del dinero los que, independientemente de que sean o no cristianos, persiguen a quienes acompañan a los débiles y a los pobres en sus luchas liberadoras.

⁶ IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a los Padres y Hermanos de Padua*, 7 de Agosto de 1547, n. 3; en *Obras de San Ignacio de Loyola*, BAC Mayor 104, Madrid 2013, 744-748.

⁷ *Congregación General 32*, Decreto 4, n.2.

El martirio en América Latina

En América Latina de un modo particular, ha crecido enormemente el número de mártires, contando tanto los reconocidos formalmente por la Iglesia como los que se han llamado en sentido amplio mártires del pueblo de Dios. Desde figuras tan universales como la de monseñor Romero, ya canonizado, hasta el sacristán acribillado a balazos en la torre del campanario de la iglesia de Aguilares mientras tocaba las campanas para advertir al pueblo del intento del ejército de secuestrar a tres jesuitas presentes en la parroquia⁸. Al inicio de su pontificado el papa Francisco insistía en que “hoy tenemos que decir «no a una economía de la exclusión y la inequidad». Esa economía mata”⁹. La mayor parte de las muertes martiriales en los países en vías de desarrollo, incluidas potencias con graves desigualdades, tienen que ver con la defensa y la solidaridad con los pobres frente a esa economía que el Papa rechaza. La Iglesia perseguida de Nicaragua, con tres obispos desterrados y privados de su nacionalidad, así como un alto número de sacerdotes en la misma situación, refleja el odio que despierta en el poder autoritario la defensa de los derechos básicos de los desposeídos, hecha desde el evangelio.

En 1978, en la reunión del CELAM en Puebla, los obispos evaluaron la actividad eclesial desde los previos documentos de Medellín (1968), que habían tratado de aplicar los documentos del Vaticano II a la realidad latinoamericana. Se reconocía en el documento final que “la opción preferencial por los pobres es la tendencia más notable de la vida religiosa”¹⁰. No es raro en ese contexto que los obispos dijeran también que los miembros del clero y de los religiosos tuvieran que “soportar en sus miembros la persecución y a veces la muerte, en testimonio de su misión profética”¹¹. Los años posteriores a Puebla radicalizaron la situación y el número de mártires (en un sentido amplio, no canónico) creció exponencialmente. En Brasil, en Colombia, en Centroamérica, en Argentina y en México y otros países, las muertes por el Evangelio se convirtieron en un riesgo frecuente y una realidad trágica. La Compañía de Jesús pagó también su cuota. Y en la mayoría de los casos, la opción preferencial por los pobres fue el detonante de la persecución y la muerte.

En América Latina de un modo particular, ha crecido enormemente el número de mártires.

⁸ El sacristán se llamaba Miguel y fue asesinado dos meses después de la muerte martirial del padre Rutilio Grande, S.J., párroco de Aguilares, hoy ya beatificado

⁹ PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 53.

¹⁰ III Conferencia General del Episcopado latinoamericano, 733.

¹¹ *Ibid.*, 92.

San Ignacio insistía en la obediencia para la misión, pero pedía al mismo tiempo a los jesuitas creatividad y complementariedad en el trabajo. En otras palabras, personas con una opción apostólica muy clara y simultáneamente con una gran libertad en la ejecución de la misión. Por otra parte, el discernimiento, otro de los pilares ignacianos, siempre es una forma de crítica, aunque lo sea desde el Evangelio. Y la capacidad crítica que brota de tratar de convertir la propia vida en Cristo, da una enorme libertad. En un libro dedicado hace algunos años a los jesuitas mártires de El Salvador se citaba una estrofa de una poesía de Francisco de Quevedo que hablaba de “aquella libertad esclarecida, que donde supo hallar honrada muerte, nunca quiso tener más larga vida”¹². En un contexto de total actualidad, la cita servía para resaltar algo que destaca siempre en los mártires: su libertad radical. Como que en los momentos de dificultad y peligro se apoderaran de la conciencia de quienes anuncian el evangelio a los pobres, aquellas frases de Pablo que nos recuerdan que “para ser libres nos ha liberado Cristo” (Gal 5,1) o que todo se considera basura al lado de ganar a Cristo (Fil 3,8). Desde las Actas de los Mártires hasta el presente se puede constatar la libertad de quienes estaban en situación de debilidad tanto ante los jueces como ante las autoridades. Si el amor a los pobres genera desprecio en quienes buscan el éxito, la libertad de anuncio y de denuncia en solidaridad con los que sufren indigna al que abusa y oprime, y lo conduce al odio y a la persecución.

Esa unión de amor y seguimiento de Cristo, amor a los pobres, capacidad crítica y libertad cristiana es la que hoy, especialmente en el que tradicionalmente se ha llamado Tercer mundo, enciende la cólera y el odio del perseguidor. En ocasiones será el propio Estado y su gobierno el que reprima y persiga. En otras ocasiones empresas que sienten sus ambiciones dañadas por la resistencia de los pobres a ser desalojados de sus tierras, ser privados del agua o ver envenenado y dañado su medio ambiente. Y no falta el narcotráfico, que ha matado con cierta frecuencia sacerdotes, dos jesuitas en cuenta, hace aproximadamente dos años. El laico, el sacerdote o el obispo que desde el Evangelio respalde a los pobres y haga visible la injusticia, entra automáticamente en una zona de riesgo que amenaza su seguridad, su integridad personal o incluso su propia vida. La resistencia en la fe en el Dios que nos pide amar, y el resistir también en una solidaridad militante al lado del oprimido, ha sido la fuente de un buen número de martirios. Si la aporofobia crece en los países desarrollados, como lo experimentan tantas veces los migrantes, en los países con escasez de recursos ha sido tradicional unirla con el racismo, el abuso y la explotación. Enfrentar el odio a los pobres y proponer una civi-

¹² FRANCISCO DE QUEVEDO, *Epístola Satírica y Censoria contra las costumbres presentes de los castellanos escrita al Conde-Duque de Olivares*, en M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Cien mejores poesías de la lengua española*, Ed. Renacimiento, Sevilla 2023.

lización diferente, se convierte para los poderosos en una especie de atentado político subversivo. Cuando Ignacio Ellacuría insistía en Barcelona en la necesidad, en alianza con los pobres y oprimidos del mundo, de “revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección”¹³, los poderosos de El Salvador planificaban su muerte para ejecutarla pocos días después. La sonoridad de la frase tenía como finalidad insistir en la necesidad de una civilización construida sobre la prioridad del trabajo sobre el capital.

Aunque una cierta dimensión política e incluso económica siempre ha estado presente en la historia de los mártires, esta misma dimensión, tan explícita y presente en nuestros días en todos los acontecimientos, incluso en los martiriales, ha sido causa de que los procesos de beatificación se estancaran. El reservar el título de Señor de la historia para Jesucristo y negarse por tanto a adorar la estatua del emperador fue causa para que muchos cristianos fueran al suplicio, condenados a las minas o a la muerte. Y según cuenta Plinio el Joven, gobernador de Bitinia en los primeros años del siglo segundo, el descenso de la venta de carne sacrificada a los dioses, debido al crecimiento rápido de las comunidades cristianas, fue origen también de una persecución en tiempos del emperador Trajano¹⁴. Sin embargo, en nuestros días, la dimensión más estrictamente política de la oposición crítica y la libertad de palabra (*parresía*) de muchos mártires latinoamericanos frente a gobiernos opresores y violadores de derechos humanos, sembraba dudas incluso entre dignatarios de la Iglesia. Y es que era difícil desde la institución hacer discernimiento evangélico en un tiempo en el que la persecución y la muerte se convertían en parte del escenario cotidiano. Todo ello desde la ideología de la seguridad nacional que ponía a la nación por encima los derechos básicos e inalienables de la persona. El paso del tiempo, el simbolismo martirial intenso de Monseñor Romero y un papa latinoamericano desbloquearon los miedos y las prevenciones.

Pues aunque en el pensamiento clásico sobre el martirio se incluía como causa del mismo no solo el odio a la fe, sino también el odio a las obras de la fe, a la Iglesia, acostumbrada a estar cerca del poder, le costaba entender que la defensa de la justicia social pudiera ser causa de martirio. Más allá de que el término justicia social fuera acuñado en el campo de la reflexión católica¹⁵, se veía el compromiso con la misma como una opción personal

¹³ I. ELLACURÍA, Discurso al recibir el premio Alfonso Carlos Comín de Derechos Humanos, Barcelona, noviembre 1989.

¹⁴ D. RUIZ BUENO (ed.), *Actas de los mártires*, BAC, Madrid 1968, 244-247.

¹⁵ En https://es.wikipedia.org/wiki/Justicia_social se afirma que la construcción del término justicia social fue obra de pensadores católicos del siglo XIX y registrado por escrito por primera vez en un libro del jesuita Luigi Tapparelli.

respetable, pero más vinculada a posiciones ideológicas que a un trabajo propio del actuar de la fe y de la evangelización. Probablemente fue el asesinato de monseñor Romero el que comenzó a romper barreras y a abrir las puertas del reconocimiento de la que podemos llamar santidad política. No fue ciertamente el primero en dar la vida por posiciones sociopolíticas y de defensa de los derechos humanos derivadas de la fe. Pero su asesinato movió conciencias e impulsó a muchos a verlo como un ejemplo de lucha cristiana en un mundo dominado por la “guerra de los poderosos contra los débiles” y donde “la Iglesia siente el deber de dar voz, con la misma valentía, a quien no tiene voz”¹⁶. Frases que navegan con tranquilidad en los textos de la Doctrina Social de la Iglesia, pero que se vuelven peligrosas cuando alguien las aplica a una realidad patente de injusticia.

Los jesuitas y las nuevas formas de martirio

En el carisma ignaciano la cercanía a los pobres fue siempre un elemento básico. El dar catecismo a los “rudos”, el apoyo a jóvenes en riesgo de convertirse en prostitutas, la visita a enfermos pobres en los hospitales, el buen trato y defensa de los judíos conversos, mostraban una sensibilidad solidaria construida desde la confianza y la adhesión al Cristo pobre y humillado en la cruz. Las exigencias de Ignacio a dos de sus cofundadores de la Compañía cuando acudían como teólogos al Concilio de Trento¹⁷ concretan lo que el mismo santo había puesto en la Fórmula de la Compañía de Jesús sobre la cercanía y servicio a los pobres. Además de recomendaciones para el trato adecuado con las personas que participaban en el Concilio, Ignacio añade tareas que ayudarán tanto al provecho espiritual de los jesuitas como a la edificación de otros que los traten: entre ellas hay una insistencia especial en visitar a los pobres en los hospitales, conversar con ellos, consolarles, confesarles y animarles en su fe. Y no era esto un capricho de san Ignacio. El criterio del mayor fruto, incluso para quienes tenían cargos o responsabilidades importantes, lo aclara Ignacio insistiendo en la necesidad de estar cerca de los pobres: “en los nuestros existe el peligro de que cuanto fueren más doctos, quizá rehúsen más este trabajo como menos brillante a primera vista, siendo así que ninguno hay tan fructuoso, ya para edificar a los prójimos, ya para que los nuestros ejerciten las virtudes de la caridad y la humildad”¹⁸.

¹⁶ Las dos frases son citas que aparecen tanto en la Encíclica *Evangelium Vitae* como en la Exhortación Apostólica *Pastores Gregis*.

¹⁷ IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a los Padres enviados a Trento*, 1546, en *Obras de San Ignacio de Loyola*, BAC Mayor 104, Madrid 2013, 712-714. En ella repite varias veces la importancia de visitar a los pobres en los hospitales.

¹⁸ *Fórmula del Instituto*, n. 3.

Así como el bien más universal pasaba en el pensamiento de Ignacio por la atención a todos y de un modo especial por la atención a quienes podían tener una influencia más universal, fueran gobernantes, intelectuales, magistrados o personas con cargos públicos, la mayor necesidad y el mayor fruto pasaban siempre por las necesidades de los pobres. En la actualidad, en un intento de traducir los criterios apostólicos de la séptima parte de las Constituciones de la Compañía de Jesús a nuestro tiempo y la dinámica de unir fe y justicia para lograr reconciliación, la Congregación General 34 interpretaba el criterio apostólico ignaciano de la “mayor necesidad” afirmando que “apunta a lugares o situaciones críticas de injusticia”. Y el criterio general del “bien más universal” lo veía como “la acción que contribuye a un cambio estructural capaz de crear una sociedad basada en la corresponsabilidad”¹⁹. Estas tareas, por supuesto, no nos dispensan de trabajar con todas las personas e invitarlas a la conversión, tanto a las que sufren el peso de estructuras injustas como a quienes las defienden. Pero impulsar una civilización diferente, urgida de un cambio de estructuras económicas y sociales y basada en el amor, la paz y la justicia, coincide con la finalidad del pueblo mesiánico de “dilatarse más y más el Reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra”²⁰. Quienes trabajen tratando de anunciar la liberación integral de las personas en sociedades en las que abunda la ebriedad del poder y del dinero en cualquiera de sus formas, así como el desprecio de los pobres, se acogen a lo que ya se preveía en 1975 en el sentido de que “no trabajaremos, en efecto, en la promoción de la justicia sin que pagemos un precio”²¹.

En El Salvador, que ya cuenta con un obispo canonizado y dos sacerdotes y dos laicos beatificados en calidad de mártires, se inició recientemente la apertura diocesana del proceso de beatificación de un poco más de 40 personas, asesinadas en distintos momentos y situaciones, todos ellos vinculados a la evangelización y al anuncio profético de la responsabilidad cristiana con el prójimo. Campesinos desmembrados, sacerdotes con vocación pastoral y cercanía a los pobres, monjas torturadas, violadas y asesinadas, se unen en un mismo servicio, una misma muerte y una misma causa. Porque “a los mártires verdaderos no los hace el castigo, sino la causa”²². El caso de Ignacio Ellacuría y sus compañeros es en cierta manera y con otros muchos, paradigmático. Universitarios entregados a la cali-

¹⁹ *Congregación General 34*, n. 22. Los criterios apostólicos ignacianos aparecen en las *Constituciones de la Compañía de Jesús*, parte VII, n. 622.

²⁰ CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium* 9.

²¹ *Congregación General 34*, n. 46.

²² AGUSTÍN DE HIPONA, Epístola 89, 2.

dad académica, no olvidaban los problemas del país. Investigaban, analizaban y proponían caminos de desarrollo y de paz. Sabía que para ser oídos tenían que ser profesional y universitariamente buenos en sus saberes. Pero no olvidaban la vida concreta del pueblo y la relación con la gente que sufría. Visitaban zonas rurales y barrios marginales, investigaban la migración y defendían los derechos humanos, visitaban a los refugiados salvadoreños en Honduras y les ayudaban a planificar el retorno a su tierra, mediaban en el conflicto armado y trabajaban intensamente en una solución negociada que llevara al fin de la guerra, eliminando las causas estructurales de la misma, apoyando los derechos de los pobres y buscando una reconciliación que eliminara la tragedia de vencedores ni vencidos que suele suceder a las guerras civiles. Como grupo podemos considerarlos como mártires integrales, en la medida que abarcaban y cubrían con su trabajo la casi total de situaciones que podían llevarlos al martirio en aquellos días aciagos de muerte y violencia. Ellacuría, además, solía repetir que la intencionalidad de todo el trabajo del equipo que dirigía la UCA era salvar vidas. Y, en ese intento, entregaron las suyas.

No podemos dudar de que la fe en el Señor Jesús genera siempre capacidad crítica. Los Evangelios son también historias de crítica social y religiosa. Y cuando la crítica se concentra en situaciones sociales o estructurales, quienes tienen controles injustos de la convivencia social suelen ponerse agresivos. Las repercusiones sociopolíticas del mensaje cristiano chocan además con las teologías políticas elaboradas al servicio del poder. Si en buena parte habíamos olvidado esto, la aplicación del Concilio Vaticano II y el dinamismo de los documentos del episcopado latinoamericano que tratan de impulsarlo han logrado en muchas comunidades la asimilación y aceptación de la libertad y la dignidad humana, tan dañadas por los regímenes de seguridad nacional que dominaron en América Latina en la segunda mitad del siglo XX. Hoy, cuando el populismo autoritario, o el simple autoritarismo puro y duro florece de nuevo en nuestros países, justo es recordar las palabras de un teólogo luterano recientemente fallecido: “las iglesias que olvidan a sus mártires políticos están en peligro de acomodarse a la religión política de la sociedad en que viven”²³. Recordarlos, tan presentes como siguen estando en nuestras vidas, ofrece mantener el ritmo y la exigencia de un seguimiento evangélico que nos llama a crear e impulsar una nueva civilización.

²³ J. MOLTSMANN, *La Iglesia fuerza del Espíritu*, Sígueme, Salamanca 1978, 118.